

Pampinos



Ernesto Larrondo Kong:

“En la pampa nunca, pero nunca estabas solo, y mucho menos podías sentirte abandonado”



Los valores adquiridos por quienes habitaron el desierto de Atacama, específicamente en las distintas oficinas salitreras, perduran para siempre. Así lo aseguran los pampinos de corazón.

La inmensidad del territorio agreste, seco y agobiante, tanto por el calor insoportable del día como por el frío drástico de sus noches, no fueron impedimento para que hombres y mujeres llegaran e hicieran sus vidas más allá de estos límites.

Este es el caso de Ernesto Larrondo Kong. Ingeniero de profesión, un inagotable trabajador social de vocación y personaje inolvidable en la exoficina salitrera Pedro de Valdivia, quien no puede evitar emoción que lo invade al recordar, tal como él afirma, “los mejores años de su vida”.

Nació el 25 de abril de 1958. Por esas casualidades de la vida, pese a que su familia vivía en Pedro de Valdivia, llegó a este mundo en Vallenar. Tierra natal de su madre.

Las curiosidades abundan en la vida de este pampino. Hijo de Ernesto Larrondo y Ernestina Kong. Ambos profesores, reconocidos y recordados con cariño por todos sus alumnos y alumnas. No sólo por sus labores como docentes, ya que “fueron la esencia de la vocación necesaria para realizar con entrega honesta el trabajo social”, enfatizó.

Su padre, “El Chute Larrondo”, fue un personaje emblemático en la pampa. Junto con la docencia estaba encargado de orientar y aconsejar a todos quienes acudían hasta la puerta de su casa a solicitar apoyo.

Este ejemplo marcó para siempre a este pampino ingeniero.

¿Qué lo vincula a la pampa?

Yo no sería quien soy, sino hubiese vivido en Pedro de Valdivia. En la pampa, la vida era distinta a la del resto del país. Contábamos con beneficios y comodidades impensadas, en aquel entonces, para el resto de los chilenos. Cuando uno comenta que vivió en pleno desierto de Atacama, en una oficina salitrera, mucha gente cambia su actitud y aflora el prejuicio. Detalle no menor, Pedro característico de nuestra sociedad.

Muchos creen que haber vivido en la pampa era similar a sobrevivir al infierno. Nada más errado y lejos de la realidad. Los lugares, la infraestructura, no son nada si no existen personas viviendo en ellas. Y con absoluta certeza, afirmo y digo con orgullo que

en la pampa nunca conocí el individualismo. Nunca percibí los prejuicios de nadie. Jamás la envidia rondó por esos parajes. Al contrario, sólo personas comprometidas el uno por el otro.

La lealtad no era necesario que te la enseñaran, porque día a día, la vivías y ejercitabas. Así también la empatía. Si a alguien le sucedía cualquier cosa, desde algo insignificante o alguna situación de preocupación, todos estaban ahí para apoyar y salir juntos adelante. La cohesión, el trabajo en equipo, los lazos de amistad genuina, eran los valores que la pampa te inculcaba.

¿Algún recuerdo que guarda de aquella época?

-En Pedro de Valdivia aprendí a ser persona. Una persona íntegra en la sociedad, por ende, no saldrías adelante solo, necesitas comunicarte y entablar lazos afectivos con el entorno. Eso no era ni necesario que tus padres te lo dijieran, pues uno estaba inmerso en ese ambiente fraterno, agradable y confiable. Nunca se perdió nada. Nunca se robaron nada. Nunca sentí la envidia. Al contrario, sólo muestras de afecto y gratitud, tanto de mi grupo de amigos, que los conservo hasta hoy, como de los adultos.

En la pampa nunca, pero nunca estabas solo, y mucho menos podías sentirte abandonado. Al contrario, todos formábamos uno. Todos aprendíamos del otro. Sólo puedo decir que los mejores años de mi vida fueron aquellos en los que viví en Pedro de Valdivia. Y ojo, que junto con mi padre, fuimos los últimos en salir de esa oficina salitrera en 1996 cuando fue cerrada.

¿Cómo fue ese episodio?

-Mi padre, “El Chute Larrondo”, junto con ser profesor y uno de los impulsores de la creación del Liceo Técnico de Pedro de Valdivia, fue un inagotable trabajador social. Labor que desempeñaba, junto con mi madre también profesora, una vez culminaban sus jornadas laborales. Ni le explico cómo se veía mi casa todos los días. Siempre llena de gente, personas que acudían para solicitar apoyo u orientación en todo ámbito. Nunca negaban su ayuda, incluso en tema complejos.

Esto me pone muy orgulloso. Es que aquel hombre entregado cien por ciento a su labor docente, en ningún momento descuidó al prójimo. Esto último, y lo más valorable, es que toda ayuda que el brindaba la entregaba desinteresadamente. Nunca cobró, ni aceptó nada a cambio. Era tanto lo que llamaban por teléfono, que le pidió a Soquimich que le instalara una línea telefónica, pero ni se imagina dónde. Nada más ni nada menos que en el baño. Y el día que cerraron Pedro de Valdivia, mi padre hasta el último instante, se mantuvo al lado del teléfono para brindar ayuda.

Este ejemplo lo tomé y lo llevé a mi vida. Soy ingeniero de la Universidad de Chile. Viví en Santiago, pero no me sentía pleno. Por lo que sin pensarlo mucho, tomé mis maletas y me vine devuelta al desierto. Por más de 33 años trabajé en fundaciones ayudando a quienes más me necesitaban. Pero ojo, fundaciones de verdad, no como las que están de moda hoy en día.

Pampinos

PRODUCE: EL MERCURIO DE ANTOFAGASTA soyantofagasta DIGITAL ANT

AUSPICIA: YODO NUTRICIÓN VEGETAL SQM Soluciones para el desarrollo humano

COLABORA: CORPORACION CULTURAL VIVENCIAS DE LA PAMPA Salina, Pampa y Sol

HISTORIAS DE NUESTRA PAMPA

TODOS LOS VIERNES EN

EL MERCURIO
DE ANTOFAGASTA

Y ENTREVISTA EN

“LA MAÑANA DIGITAL”



97.1 ANTOFAGASTA
89.5 CALAMA